tuno recordar el certero juicio de Juana de Ibarbourou acerca de este poeta: "Emotivo, a la vez exquisito y vigoroso, realiza la dualidad más ambicionada en poesía: forma pura y entraña honda".

GASTÓN FIGUEIRA,
Montevideo.

JACINTO FOMBONA-PACHANO, *Las torres desprevenidas*.—Caracas, Asociación de Escritores Venezolanos, 1941.

La posición de este joven poeta de la Venezuela de hoy es vertical. Es la posición de un definido, de un hombre joven que ha tenido la suerte de conocer de cerca el atolladero humano de los Estados Unidos y enfrentarse al hombre y conocer su destino. No sólo conocerlo, sino sentirlo. De aquí que sus imágenes sean positivas fuerzas de su solvencia lírica. La evidencia de la madurez se nota en el aplomo con que se aferra al sentido de la condición humana. Sin este sentido, la poesía llega a ser el mero pasatiempo de los iniciados. En Fombona-Pachano la poesía tiene lo substancial del verbo y la madurez del fruto que no ha sido tratado artificiosamente. En lo ciudadano, en la vida febril cosmopolita, en donde los seres somos sombras de los que llegamos un día de pueblos o ciudades sentimentales, el poeta se va a lo hondo. El problema de ese vivir angustiado, esa miseria del invierno sin abrigo y de las noches sin pan, lo lleva a su poesía. Es poesía con hombre. Es más aún, el poeta se continúa en el hombre, como se continuó en Antonio Machado y en García Lorca.

Fombona-Pachano, después de haber visto las torres de la ciudad, "las torres desprevenidas", ha ido a las "Playas caribes" y ha visto este arpegio de sudor y de almizcle:

En ocio de palmeras,
en rito de caderas,
bailando están,
sudando perlas y oro y aceite y balatá,
bailando y más bailando,
sudando y más sudando
sudor que no verán mañana ya.

Para todo pandero,
desde el encomendero,
desde el descubridor,
bailando están
su tán-tán
de tambor,

en alto las colinas,
 en greñas el palmar,
 bailando, abanicando su sudor,
 al són del mar.

Si nos recuerda a Palés Matos, a Guillén, a Ballagas, nada tiene que ver tal poesía con las de todos estos escritores del afro-americanismo. Fombona-Pachano tiene otro acento racial y no va a la caricatura del negro, ni se mofa de la negra pena de los que tienen la piel tostada. Para él las mujeres que bailan son "bayaderas doradas, aceitosas ondinas".

Pero tal poesía, con ser cosa cabal, no es el mérito principal de su libro. Lo central es el goce de las imágenes universales, y, más que universales, cosmopolitas. Por ellas se descubre su iconolatría. Tiene la facultad de crear imágenes sin doblarlas. Son puras y conservan esa frescura que sólo la dan los poetas que tienen para cantar algo más que la jerarquía traviesa de las palabras.

Indiscutiblemente, en la moderna poesía venezolana, ésta tiene su acento universalizado, por lo menos en el libro de que me sirvo para acercarme al poeta de las torres. Pero lo que él dice de las ciudades nos descubre en lo que somos. En "Mensaje a la metrópoli intacta", la voz del poeta es quejumbrosa pero firme y es amarga pero confidencial:

Alguien o algo viene alimentando
 su estrella con aceite de criaturas deshabitadas,
 con llanto de piedras rotas y de campos hundidos.

Este llanto de "piedras rotas" es algo que grita. Nos apretuja entre el mazazo que hace ripios de los grandes bloques. Las piedras nos presentan nuestra propia sensibilidad herida. Pero casi cabría transcribirla toda, porque ahí queda definido nuestro poeta, que no ha sacrificado al modernismo su estructura humana:

Alguien o algo está naciendo,
 alguien o algo se ha detenido en las cabañas,
 se ha posado en las cúpulas,
 duerme debajo de los puentes y en los establos;
 alguien o algo viene alimentando
 su estrella con aceite de criaturas deshabitadas,
 con llanto de piedras rotas y de campos hundidos.

El agua le ha quitado sus gritos a las muchedumbres
 para crecer, para subir, el agua que amenaza
 con su voz, con sus brazos, con sus nudos terribles,
 los cuellos de las torres desprevenidas,
 el agua de los ríos, de los mansos ríos de Dios,
 porque habíais olvidado de su sed enterrada
 bajo sus muertos ojos de pez en las arenas.

Bajad de vuestras cumbres para encontrar vuestra memoria,
antes de que la sogá os llegue a la cintura
y antes de que flotéis para los cuervos.

A qué tanta prisa inútil por las calles,
tanto viento mecánico como queréis que os lleve,
si no vais a la tienda, ni a la oficina, ni al negocio,
ni siquiera marcháis a vuestras casas:
vais huyendo del río, vais huyendo del agua inmensa.

Ya lo sé. Yo os lo digo. No me creéis y entre vosotros
no hay uno que me tienda la mano
para comenzar la rueda, para empatar la ronda
de la miel y del vino, de la leche y la espiga.

Si de veras sois mis hermanos, no me dejéis llorando
por tanto amor sin pan en las esquinas,
por tanto pie calzado de basuras y lodo,
por tantos agujeros como ya ponen vuestras uñas
en esos diminutos bolsillos para el frío;
no me dejéis acribillando las paredes horribles,
matando pechos, pechos sin sangre, que me huyen
detrás de los cerrojos donde se amella mi protesta;
no me dejéis rasgando blancuras de sepulcro,
para que corran en jirones, entre hilachas,
y yo pueda sentarme con el nardo y el lino.

Bajad a recoger vuestra memoria.
Detened vuestro viento, marchad conmigo adonde todos
podáis decir: vamos a un sitio de verdad.

No me dejéis llorando,
no me dejéis acribillando, no me dejéis rasgando.
Es tiempo todavía de coserle las rutas
al frío de los puentes, de malograrles las agujas,
a los pavos de vidrio, a los bueyes iluminados
para quien los devora con los ojos.

* * *

Os ofrezco la oliva,
os ofrezco mi mano para la ronda del milagro,
no mañana, esta tarde, este minuto,
que el agua inmensa viene rodando montes
y aún podemos cantar, danzar en torno de la alianza,
construir el arca y soltar la paloma.

Ahí está ese mensaje de un poeta modernista, fervoroso y que sabe cómo nos deshumanizamos en estas angustias de las ciudades estrujadas. Todo su libro es una incursión por su campo interior, para mostrarnos la penuria que ven las torres y no ven los hombres. Poeta de su problema integral, de su formación estrictamente humana —y es lo que le dará carácter de perennidad en esa hilera de sombras de las poesías sin substancia—, Jacinto Fombona-Pachano, nacido en Caracas, en 1901, ha publicado unos cuatro libros, y entre ellos uno que trata de la *Evolución de la poesía moderna venezolana*, que es un ensayo.

Se destaca nítidamente entre su generación, por ese su acento de humanidad.

La angustia de su libro nos revela su preocupación vivida en tierras de lucha y de muchedumbres sin rumbo. Esa misma angustia nos la dice en versos en "Retorno de Arvelo-Larriva y asilo de García Lorca". Poesía alentada, trazada con mano propia y segura. Ambos poetas eran expresión meridional de sus pueblos y ambos tuvieron destinos equivalentes. Fombona-Pachano ha conseguido expresar en palabras pequeñas angustias que no alcanzarán a decir los pueblos. Este poeta de las torres desprevenidas —las que pueden soportar el milagro de las golondrinas y sus amores y las bombas que inventaron los hombres para que se sepa de su poderío— ha dejado atrás los discursos vacíos y las palabras desalentadas: es un poeta que bebe en su fuente y convida al que pasa; no esconde el fruto que pende de su árbol y se da en un todo. Numen, alegría, emoción —supervivencias líricas de esta América que sigue siendo inocente—, fluyen a cascadas en este cuaderno de *Las torres desprevenidas*.

En su canto "Mi América, la dulce", el poeta exalta su pasión por estas tierras "vestidas de guitarras y pájaros". América sigue usando aquellos vestidos de su mocedad, pero arreglados por los modistos de Europa. El poeta Fombona-Pachano, cuya identidad le viene de lejos en su ancestro vigoroso, tiene el tono de sus mayores, pero la intención nueva le pertenece y el alma se le sale por la boca y los ojos. Es un poeta para cantar a Mendelssohn o para interpretar los nocturnos de Chopin, que no le dejen llorar "por tanto amor sin pan en las esquinas". Es el poeta que se pertenece y por eso es para "las torres desprevenidas" y pidiendo a gritos hasta un dueño elegante de sus lágrimas maduras y poniendo en sus músicas sus palabras fervidas un gastador de su equilibrio mental en las cruzadas del humanismo.

MANUEL GARCÍA HERNÁNDEZ,
Caracas.